

Capítulo 17 - - Luces pálidas

Tristán, sentado sobre una piedra, rasgueaba de manera distraída unas cuerdas que no existían. La cítara del devoto en sus manos era solo un trozo de madera petrificada, sin la ayuda adicional de un sacerdote con dominio de la Gloam para tejer cuerdas y puntearlas. La primera tarea quizás no fuera tan imposible, pero la segunda constituía un obstáculo mayor. Por eso, en las horas que precedían al amanecer, antes de que partieran, Tristán hizo una pregunta ardiente.

—¿Sabes tocar la cítara?

Sarai lo miró como si hubiera pisado barro sobre su hermoso tapete de Izcalli.

—¿Y tú sabes bailar el moravac? —le replicó rápidamente.

El ladrón meditó cuidadosamente la respuesta.

—Nunca lo he intentado —admitió.

—Ahí tienes tu respuesta —contestó Sarai con facilidad.

Pensó que sería demasiada suerte que uno de ellos pudiera manejar aquel antiguo instrumento mágico que había desempolvado del santuario. Como era de esperar, tendría que usar sus partes para desmantelarlo. A Tristan le habría gustado conservar la cítara para el resto de las pruebas, pero con su vientre lleno de plumas, sería esa la que cumpliría su función—aunque solo una vez. Los ojos azules de Sarai permanecieron fijos en él, examinando.

—Otra vez estás tramando —observó.

—Yo nunca —mintió Tristan.

—No estamos traicionando a Ferranda —le recordó Sarai—. Es encantadora y su relación con Sanale es muy romántica.

Él la miró sorprendido, parpadeando.

—¿Esa qué? —repitió.

—Tristán —dijo Sarai con paciencia—. Tienen dos toldos, pero solo uno queda arrugado. O uno de ellos duerme sobre piedra, o están teniendo sexo.

En realidad, había pensado que Sanale era bastante ordenada.

—No actúan como si fuera así —comentó.

Puede que Tristan no participara, pero había aprendido a reconocer las señales de quienes son amantes. Había notado que no todo en la relación entre ambos era simplemente amo y sirviente contratado, pero no había visto ninguna marca de una aventura física.

—Probablemente están acostumbrados a ser discretos —se encogió de hombros—. Ella es noble, ¿verdad? Imagino que su familia no aprobaría.

—Es probable que no lo sepan —frunció el ceño Tristan.

La manera en que Sanale no era un cadáver flotando junto al muelle de pescadores sugería algo. Tristan no recordaba haber oído hablar antes de la Casa Villazur, pero los otros infanzones habían tratado a Ferranda como si fuera uno de ellos, por lo que no debería ser una impostora. Debía pertenecer a alguna de las casas menores, esas que apenas superan en recursos a las familias de comerciantes. La clase que necesita casar bien a sus hijos para mantener encendidas las lámparas, pensó. Quizá sospechaba qué buscaba Ferranda Villazur al llegar al Dominio de las Cosas Perdidas, y eso le provocó, por primera vez, un leve atisbo de respeto hacia una infanzona.

Esta isla realmente estaba llena de pruebas.

—Mantendré la fe —le dijo Tristan a su compañera, retomando el hilo de su pensamiento—. Solo estoy considerando las formas en que nuestros esfuerzos podrían fracasar.

—Tomamos riesgos —reconoció Sarai—. Pero no hay camino sin hacerlo.

El plan era sencillo en su estructura. Yong y Ferranda habían localizado a cultistas acampados en los bosques al este del puente y habían matado a un zorro en el camino de regreso. La misión era acercarse al campamento mientras los abismos dormían, y entonces Tristan rellenaría la carcasa del zorro con toda la esencia de piedra de lodestone que le quedaba. Uno de los tres que no cometían errores en el bosque colocaría la carcasa en tierra de los cultistas, y en ese momento, su grupo comenzaría un complicado recorrido hacia el oeste, esperando que la bestia heliodora atacara a los abismos. Con sus obstáculos ocupándose mutuamente, correrían hacia el puente en busca de seguridad relativa, esperando que el gran lemur no terminara con los cultistas antes de que pudieran cruzar.

Iba a explotar en sus caras.

Si alguien le preguntara por qué estaba tan seguro de eso, Tristan tendría dificultades para responder, pero en el interior de su propia mente parecía evidente. Estaba en las piezas en movimiento, en el encaje del reloj, en el tintinear de la moneda al girar: la debacle flotaba en el aire. Se confiaba demasiado en la precisión, y si los años con Fortuna le habían enseñado algo, era cómo olfatear una inminente catástrofe. Ahora, lo inteligente sería encontrar una forma de salir y prepararse para cuando el firmamento cayera sobre sus cabezas; asegurarse, por todos los medios, de no ser uno de los perdidos.

Pero el ladrón se había vuelto codicioso desde que navegó hacia el Dominio. Demasiado habituado a la protección de compañeros que no le traicionarían fácilmente, a otros que cumplían su palabra y esperaban lo mismo de él. A todas las comodidades que lentamente envenenaban, mermando su

aguijón y adormeciendo sus ojos. Nunca echar raíces, le había enseñado la Abuela. Los árboles solo sirven para ser talados. Aunque la lección fue dura de aceptar, también le había permitido mantenerse con vida: ¿cuántas veces había enfrentado a un terrateniente o a una banda, solo para que sus matones arrogantes descubrieran que era un fantasma? Sin hogar, sin historias, sin lazos. Nadie podía vengarse de la niebla matutina.

Tristan no había olvidado los métodos que le habían permitido sobrevivir tanto tiempo, cómo en su propia forma había llegado a prosperar – era una rata más robusta que la mayoría – pero aún así, su mente se dispersaba con planes equivocadas. Añadiendo demandas, como mantener vivos a Song y Sarai. También pensó en Vanesa, pero reprimió esa idea. Si abría la puerta a la anciana, Francho no tardaría en seguirle, y pronto querría parecerse a un minero en las Trincheras: con el cuerpo roto por el peso de las piedras que llevaba.

— Cuando se desplome, y lo haré, ven a buscarme — dijo Tristan —. Tal vez pueda mantenernos con vida.

La bestia heliodorana era astuta, para ser un lemure: no era un animal que comiese veneno si podía olerlo. Y, por casualidad, Tristan poseía algo que al animal le sería incómodo evitar.

Si los estiraba lo suficiente, tal vez habría plumas para tres.

—

Caminar por el bosque era mucho más desagradable cuando estaban mojados.

Había llovido mientras Yong y Ferranda buscaban a los cultistas y dioses, pero deseaba que hubiera pasado suficiente tiempo para que el bosque se secara. Vanesa tropezó tres veces con una raíz resbaladiza, juzgando mal la distancia, antes de que le pidiera a Aines que se quedara con ella; Felis seguía temblando por el frío — una ráfaga de polvo cortesía de Lan lo había animado, pero también lo había febrilizado — y con la lluvia borrando muchas de las marcas que Ferranda había dejado, se perdieron durante media hora. Sanale tomó la delantera, abriendo camino eficazmente, lo que los retrasó aún más. Avanzaron con las linternas cubiertas hasta que solo quedaba un leve rayo de luz, en una procesión que intentaba ser silenciosa pero no lograba del todo el propósito.

Al menos nadie conversaba.

Con Sarai adelante y Francho atrás, el ladrón tenía mucho espacio para moverse, y así quedó solo con sus pensamientos. No era una bendición: con solo él mismo por compañía, seguían en círculos cada vez más sombríos. Tal vez por su incomodidad en el bosque, o simplemente porque la oscuridad parecía cerrarles desde todos los lados, una parte de él no podía evitar sentir que estaban caminando hacia su muerte. Como si todos hubieran pasado por alto un cuchillo con sus nombres inscritos en la hoja. Los mismos instintos que lo guiaron en Sacromonte le insistían que estaba cometiendo un error, y le frustraba no poder saber si era la inquietud hablando o si debía escucharle.

— Pareces estar masticando un limón —le dijo Fortuna.

— Siento como si estuviera enrollando una soga alrededor de mi cuello —murmuró Tristan en respuesta—. ¿Qué otra expresión podría tener?

Pensando en esto, la diosa imitó tirar de una cuerda por encima de su cabeza, rodó los ojos y bajó la lengua en burla.

— Más como esto —le informó ella.

Uno de los consuelos más intensos en la vida de Tristan era que otras personas no podían ver a Fortuna.

Y pensar que algunos eruditos insistían en que los dioses eran fuentes de sabiduría, que sus palabras podían abrir nuevas regiones de entendimiento. Sin embargo, sus labios se contrajeron en una sonrisa burlona. En cualquier momento —la diosa de cabellera dorada, aún bromeando con los ojos enroscados, caminó hacia atrás directo contra un árbol. Esto en realidad no le causó daño, pero como solía suceder cuando ella se topaba con cosas sin notar, Fortuna apareció del otro lado mirando fijamente el árbol, como si hubiera sido atacada personalmente. Por más sombrío que fuera todo, ver a la Dama de las Altas Precauciones comenzar otra enemistad implacable con un objeto inanimado elevó su ánimo notablemente.

En una ocasión, pasó un mes entero intentando convencerlo de que destruyera una estatua gastada del Emperador Pere, justo después de pasar a través de ella en medio de una frase. Tristan, naturalmente, en lugar de hacer eso, pagó a la matrona de la casa de la calle de enfrente para que la limpiara a fondo. Las mejores nueve raíces que había gastado en su vida.

Al agacharse bajo una rama baja, el ladrón siguió la vista de la espalda de Sarai. Ella había cortado las faldas desde que se mostró su rostro, haciendo sendas aberturas para poder correr con más facilidad, y se había quitado los guantes. Solo portaba un cuchillo como arma, pero ¿de qué necesitaba cuchillas y polvo cuando podía invocar el poder de la Gloam? El ladrón apretó los dientes con fuerza, casi llegando a hacerse sangrar. Aún estaba cansado por haber corrido toda la noche pasada, a pesar del descanso posterior, y en su marcha por el bosque se tomaba su tiempo, consciente de que no era la primera vez que su mente empezaba a divagar sin rumbo. No sería de ninguna utilidad para nadie, ni siquiera para él mismo, si los cultistas lograban atraparlo por sorpresa.

Y el culto del Ojo Rojo seguramente tendría vigilantes. Su banda de guerra había levantado su campamento lejos del lugar donde habían encontrado al airavatan, pero siempre había riesgo. Sería una locura no mantener una vigilancia exhaustiva, con bestias heliodoranas merodeando por el bosque.

El campamento de los daldings que Yong y Ferranda habían hallado estaba a aproximadamente una hora al este del puente, en el bosque enfrentado a la hierba de tallo alto. Estaba junto al río, que en esta parte del este se encontraba en el fondo de un amplio barranco. Según relataron ellos, lo habían encontrado medio por casualidad: había comenzado a llover con violencia mientras estaban afuera y, durante la tormenta, la parte del acantilado donde los cultistas habían establecido su campamento se derrumbó y cayó en el barranco. Si no hubiera sido por el alboroto que causó, quizás no habrían visto a los daldings, ya que su campamento estaba muy bien oculto

tras un espeso par de árboles y un roquedal roto con anillos de piedras elevadas.

Sarai se detuvo frente a él y luego se escondió tras un árbol. Siguiendo en silencio, Tristan descubrió que en el pequeño claro, que no era más que unos pocos metros entre los árboles, todo húmedo y con hojas muertas olorosas, la mayoría de su grupo había detenido su marcha. Los dos que los guiaban, Yong y Sanale, debieron haber llamado a una pausa. Tristan se unió a ellos para averiguar el motivo, formando en breve una improvisada ronda de decisiones: Ferranda, Sanale, él, Yong, Sarai y Lan, quien en vez de alejarse, los miró directamente a los ojos.

Los labios azules de Tianxi cruzaron su mirada y bajó la cabeza en señal de reconocimiento por la deuda—podría haberlo forzado a irse, pero no lo hizo—y él apartó la vista, mientras Sarai, con las comisuras de los labios retorciéndose, no disimulaba que había estado observándolos. Como solía ser con ella, quedó sintiéndose indecorosamente desnudo.

"Estamos cerca del campamento," les informó Yong. "No más de media hora a nuestro ritmo actual."

"Se suponía que debíamos acercarnos aún más," dijo Ferranda Villazur. "¿Por qué detenerse ahora?"

Tristán se obligó a no mirar a Vanesa, quien se mantenía retrasada, incluso con la ayuda de Aines. Ya era casi de mañana, pues habían partido solo después de que todos durmieran unas horas en anticipación al comienzo temprano, pero a su edad eso importaba poco. No será por ella, pensó. Yong nunca había sido tímido respecto a su creencia de que si los de cabello gris no podían mantenerse al día, deberían quedar atrás.

"Encontré huellas," dijo Sanale.

"Por tu tono," dijo lentamente Sarai, "no son nuestras de antes."

Él negó con la cabeza.

"Huellas recientes."

"No debería haber nadie de campanilla azul en estos alrededores," observó Lan. "Eso deja solo los huecos."

O la Guardia, pensó Tristán, pero no deberían involucrarse en la Prueba de Líneas.

"Al menos diez," dijo Sanale, "pero son buenos. Podrían ser más. Todos moviéndose hacia el este, en silencio pero rápidamente."

"Si fueran aliados del grupo en el campamento," comentó el ladrón, "no tendrían razón para merodear por aquí."

"Podrían estar escondiéndose del airavatan," sugirió Sarai.

"¿Tan al este?" dijo Yong. "Si estuvieran cerca, ya habrían encontrado el campamento. Deben estar escondiéndose de los otros huecos."

Tristán no dissonó. La bestia había sido vista por última vez horas al oeste y no tenía motivo para aventurarse tan lejos hacia el este, salvo por el campamento de los huecos—que ya sería como un cementerio, si el airavatan había percibido su rastro.

"Eso complica las cosas," frunció el ceño Ferranda Villazur. "No queremos quedar atrapados en medio de una guerra de cultos."

"Si les dejamos pelear primero, será más fácil colocar la carcasa," dijo Tristán de manera pragmática.

"No sabemos si pelearán," dijo Yong. "Podrían unirse. Y aunque lo hicieran, quizás no sea pronto."

Aún era temprano en la mañana, antes de la hora del amanecer en que la mayoría de Sacromonte despertaba, así que Tristán admitió que era una apuesta incierta: no se podía saber si este nuevo grupo querría avanzar para atacar mientras los otros huecos dormían o descansar en su lugar.

"Debemos rastrearlos y averiguar," dijo Ferranda.

"Sería peligroso intentar acercarse al campamento de los cultistas sin estar seguros de que no seremos atacados por la espalda," concordó Sarai.

Lo mismo pensó Tristán, y los demás también. Ferranda y Sanale fueron quienes salieron hacia los bosques, mientras el resto de su grupo aguardaba en el claro, acurrucados para abrigarse hasta que la pareja regresara con noticias. El ladrón se arrojó al suelo y apoyó la espalda contra un árbol, cerrando los ojos para disfrutar un breve descanso—aunque sin dejar de escuchar los ruidos a su alrededor. Toda esa charla sobre emboscadas le tensaba los nervios. Pronto, escuchó a alguien acercándose, pero lo que encontró al abrir los ojos le sorprendió: Francho, con la mano peinando suavemente los pocos mechones blancos que aún quedaban en su cabeza, se acercó y se dejó caer a su lado.

El viejo profesor llevaba su gorra plana metida debajo del brazo de su abrigo verde, ajado y ajustado alrededor del cuello de manera que solo mostraba el cuello de su camisa de algodón. Sus botas eran de buena hechura y claramente nuevas, pero sus calzones eran de ropa de campesino en un marrón apagado, cuyas costuras comenzaban a desgarrarse. Tristán pensó que iba vestido como un hombre que había saqueado su vestuario en busca de ropa adecuada para el campo y la había sacado sin prestar demasiada atención a si le quedaba bien o no. La verdad, compraste esas botas solo para el Dominio, ¿no? Eso fue revelador, pensó el ladrón. Francho, a diferencia de Vanesa, todavía tenía la esperanza de salir de esto con vida.

El anciano sin dientes suspiró al apoyarse contra el árbol, intentando en vano sujetar aún más su abrigo.

"Intenta reunir tus fuerzas," aconsejó Tristán. "Este es el último aliento antes de lanzarse."

“Eso he hecho,” aceptó Francho. “Han sido días interesantes, Tristan. He visto cosas que nunca pensé que llegaría a ver.”

“Aquel templo fue saqueado completamente,” dijo el ladrón con tono irónico. “¿Es suficiente una cítara de un solo suplicante para complacerte así?”

“Cuando era joven, salía a buscar tesoros, así que los templos vacíos son cosa de veterano,” rió el anciano. “Tres expediciones en las islas de Nemn, aunque nuestros capitanes fueron tan cuidadosos que los cazadores más audaces ya habían saqueado las ruinas.”

El ladrón ocultó su sorpresa. Las islas de Nemn eran famosas en Sacromonte: los buscadores de tesoros navegaban allí desde hacía décadas, pero se decía que no habían hallado más de un tercio de las islas. Muchas solo podían alcanzarse si conocías su nombre, o mediante alguna antigua máquina de éter antediluviana que las mantenía escondidas. Cada década, cuando un nuevo nombre era revelado por los eruditos, cada tripulación de tesoros al sur del Faro de Ixion competía por ser la primera en explorar sus profundidades. Las historias que Tristan escuchaba dejaban claro que esas tripulaciones eran tan peligrosas entre sí como los dioses muertos y las trampas, algo muy distinto a lo que imaginaba un profesor de la Universidad de Revel.

“¿Qué fue lo que te sorprendió entonces?” preguntó.

El anciano hizo una pausa.

“A aquella joven en la nave,” dijo. “Nunca supe su nombre.”

El estómago de Tristan se apretó. Solo había una a quien podría referirse.

“Marzela,” dijo. “Su nombre era Marzela.”

Francho suspiró, lo que le provocó un ataque de tos contra su mano. La tos no empeoraba, pero tampoco parecía desaparecer del todo, y eso llevó al ladrón a preguntarse si era por el desgaste de la edad o por el precio de un contrato.

“Una tragedia,” dijo Francho. “Siempre lo es cuando un dios se lleva a uno de nosotros, pero nunca pensé que vería a un Santo con mis propios ojos.”

“A mí también me gustaría no verlo otra vez,” afirmó Tristan.

“Oh,” dijo Francho en voz baja, “estoy de acuerdo.”

Una pausa de vacilación.

“¿Has leído lo que escribió Alizia Arquer sobre los tres modos de lo divino?” preguntó Francho.

Tristan levantó una ceja, algo que en realidad ya había hecho. Su abuela consiguió para él un extracto de la obra en referencia, *El Mar de las Formas*, referente al tema. Le llamó la atención lo suficiente como para buscar una copia completa después. Incluso dejó a un lado su aversión por el

apellido familiar—los Arquer eran uno de los Seis, los infanzones de infanzones—y pagó justo por ella. Robar a quienes vendían libros de hechicería era una tontería peligrosa.

“Percepción, dislocación y manifestación,” citó Tristan.

Estas eran las tres formas en que los dioses interactuaban con lo material, según Lady Arquer. La percepción, para que un dios se mostrara a un mortal, era la más básica. Incluso la deidad más paupérrima podía hacerlo y era el límite del propio poder de Fortuna. Los dioses que aún eran poco más que formas en el éter primero rozaron a Vesper de esta manera, alcanzando a través de lugares o tiempos afinados a su naturaleza. El propio Tristan había enfrentado a Fortuna en su momento más bajo, escondido en una capilla destrozada sin más esperanza que jugarse a todo o nada.

La dislocación era el acto mediante el cual un dios introducía a un mortal en su ser, una conexión de almas que no podía realizarse sin un puente existente —usualmente un pacto. Era una experiencia que, supuestamente, se asemejaba mucho a una visión, donde el mundo a tu alrededor se detenía hasta que el dios liberaba su agarre. Sin embargo, incluso eso era una ilusión de percepción, pues ningún dios era lo suficientemente poderoso como para detener el avance de Vesper: solo al, con una alma en su interior, podían engañar y hacer que un latido pareciera durar una hora.

La última era la manifestación, aquello por lo que todos los dioses buscaban incansablemente: convertirse en un ser físico, en un éter manifestado. Según las palabras de Lady Arquer, “superar la entropía, que la existencia se vuelva menos esfuerzo que la ausencia”. Solo podía lograrse mediante mortales —a través de contratos, sacrificios y oraciones. Se dice que los Manes, aquellos viejos dioses que eran patronos de los infanzones, han recorrido el mundo desde antes de la caída de Liergan. No todos tienen por qué ser eternamente tan antiguos. El Viejo Alcázar, la fortaleza en ruinas en el corazón de Sacromonte convertida en distrito de templos, estaba repleto de templos y capillas a dioses manifestados. No solo los nobles reconocían la divinidad en carne y hueso.

Incluso en la Sombra había algunos, aunque solo tontos pactaban con dioses que elegían hacer su hogar entre la miseria y la desesperación.

“Las obras de Lady Alizia llevan mucho tiempo atrayendo el interés de la universidad,” dijo Francho. “Los Arquer resguardan celosamente sus secretos, por lo que ha sido el trabajo de generaciones ampliar las postulaciones originales.”

No le sorprendía la confidencialidad de los Arquer: eran famosos por forjar pactos denominados “legado”, acuerdos con dioses que se transmitían de sangre en sangre. Vendían esa experiencia por riquezas y favores, y ya fueras un infanzón espléndido o la rata más baja, a nadie le gustaba compartir la calderilla de la mendicidad.

“Fui amigo en su momento de la Maestra de Estudios Aéthericos, Tristan,” continuó Francho con una fingida naturalidad, “y ella me contó sobre un experimento relacionado con la naturaleza de la santidad.”

“¿De verdad?” Tristan frunció el ceño, cada vez más cauteloso ante la conversación.

No lograba entender adónde quería llegar el viejo profesor, y eso le ponía los pelos de punta. Esto no era una charla trivial, podía sentirlo claramente.

“La cuestión que se buscaba resolver era la siguiente: ¿es imprescindible recurrir a un contrato para que comience el proceso de santidad, o basta con la exposición continuada a las formas menores — percepción y dislocación — por sí solas?”

El ladrón se quedó quieto. Vaya, eso era de lo que trataba esta conversación. Miró a los oscuros ojos del hombre.

“Me oíste hablar,” dijo.

Francho carraspeó, con un sonido húmedo provocado por la saliva que salpicaba sus labios.

“Vi que movías los labios,” dijo. “Y una vez que pensaste en ello, no es tan difícil deducirlo: ¿cuánto tiempo te he visto mirando algo en la oscuridad o murmurando para ti solo? Pensaba que era un hábito nervioso.”

Fortuna se apoyó contra el árbol, levantando una ceja mientras su vestido rojo se ensuciaba con el lodo y las hojas.

—Pensé que sería Sarai quien nos atrapara —admitió la diosa—. Interesante.

Tristán se obligó a no mirar. Era más por costumbre que por necesidad, pues ya sabía que la negación no estaba en la mesa.

—No estoy en peligro de santidad —respondió Tristán en un susurro—. No hay razón para preocuparse.

Habría preferido despreciar completamente al profesor, pero eso sería imprudente. Si Francho llevaba esto a los demás por miedo, el ladrón podría ser expulsado de su compañía: nadie querría arriesgarse con un Santo. El anciano frunció el ceño.

—Entiendo que tu dios puede estar asegurándote de eso —dijo suavemente el anciano—, pero la percepción no debe durar tanto. Imagino que empezó cuando hiciste tu contrato. ¿Cuánto tiempo llevas viéndolos de forma continua? ¿Una semana, un mes? El peligro crece con el tiempo.

Fortuna soltó una carcajada. Él mantenía el rostro impassible.

—Finge —dijo lentamente el ladrón— que ha pasado un año.

—O diez —añadió la diosa.

Francho le miró con desconfianza.

—Eso es... —empezó, luego se detuvo—. Estás hablando en serio.

—Lo estoy.

—Tu dios debería estar muerto —dijo el sabio—. La percepción requiere poder, y si el dios no te devora al final, se está desgastando inútilmente. Cuando se agote, su conciencia se desvanecerá de vuelta en el éter.

El ladrón dirigió una rápida mirada a Fortuna, quien parecía tan desconcertada como él.

—Se siente más natural estar contigo que no —le dijo la diosa—. Dile al idiota que no he debilitado mi poder.

—Dice que no ha disminuido desde que empezó —repitió Tristán en su lugar.

Fortuna, frunciendo el ceño, empezó a alzar la mano como si fuera a arrancarse el cabello.

—Es ella —reveló apresuradamente—. Ella dice.

—Ella, —repitió Fortuna con disgusto—. Maldito niño calamitoso, ¿cómo te atreves a negar mi belleza ni siquiera por un instante? Los poetas lloraron cuando me fui, Tristán, ¡fucking lloraron!

Por desgracia, tenían compañía, así que pudo preguntarle si estaba segura de que no habían estado llorando hasta que ella se fue. Los ojos de Francho estaban muy abiertos y llenos de vida.

—Fascinante —susurró el viejo profesor—. El estudio de los dioses es el estudio de las excepciones, así que gritar que algo es imposible es propio de un necio, pero nunca he visto contradicciones tan profundas en nuestra comprensión de sus maneras. Tu diosa debe ser extraordinaria.

Pasó un latido de silencio.

—He cambiado de opinión —anunció Fortuna, acicalándose contra el árbol—. Obviamente, es un hombre de gran perspicacia.

Tristán pensó que era inútil llamar debilidad a la adulación cuando la Lady de las Probabilidades Altas estaba compuesta principalmente por quienes la adoraban en primer lugar. Describirla por sus fortalezas sería como definir a un barco que se hunde por la eficiencia de sus velas: no es mentira, pero pierde el sentido.

—Es un tema para otra ocasión —respondió Tristán con calma, posiblemente sin intención de continuar—. Espero que tus preocupaciones hayan sido resueltas.

El académico pareció confundido por un momento y solo entonces recordó cómo había comenzado su conversación. Tosió avergonzado.

—Sí, claro, por supuesto —dijo apresuradamente Francho—. No quise indagar en tus asuntos, amigo mío. Solo era por preocupación.

—Lo entiendo —dijo Tristán, y en verdad comprendía.

No había disfrutado del interrogatorio cortés, porque eso fue en lo que consistió su charla, pero probablemente habría hecho lo mismo en el lugar del otro hombre. Sin embargo, el profesor seguía pareciendo culpable, cosa que se notaba en su rostro. En la práctica, había preguntado por el contrato de Tristán, lo cual era algo que algunos discutían incluso con puñales. La culpa hacía que el hombre balbuciera, buscando llenar el silencio. Después de unos intentos fallidos de charla trivial, optó por temas más seguros.

"He estado escuchando viejas piedras," dijo Francho. "La ronda de piedras donde Yong y Lady Villazur encontraron el campamento vacío es solo una de muchas."

El tristan levantó una ceja.

"Yo soy," admitió. "¿Hay más?"

"No estoy seguro del número, pero habrá más a lo largo del río que atraviesa la isla," explicó el profesor. "Lo que es aún más interesante, creo que fueron construidas por las mismas personas que levantaron el santuario donde encontramos a Lady Villazur. Los cultistas no les prestan atención, solo las consideran materiales de construcción."

"Entonces, ¿para qué servían?" preguntó. "No parecen santuarios."

"No puedo decirlo," respondió Francho con entusiasmo. "Algunas voces hablan de sacrificios rituales, pero eso puede ser obra del Ojo Rojo — es difícil distinguir quién y cuándo de lo que escucho. Sin embargo, me resulta intrigante que hayan sido construidas a lo largo del río. Muchas culturas consideraban el agua corriente como una frontera metafísica: los círculos podrían estar destinados a fortalecerse o desgastarse."

Siguieron conversando en susurros bajos, Tristan manteniendo la charla en parte para distraerse del tema anterior. Varias veces elevó la voz al hablar de las piedras cuando alguien se acercaba, la segunda cuando era Lan. Eso debió despistarlos del rastro de la conversación anterior. La charla terminó cuando Ferranda y Sanale regresaron.

Sus rostros mostraban gravedad. La noticia no era buena.

"No los encontramos," dijo Ferranda con franqueza.

La sinceridad del hombre comenzaba a gustarle. Tenía cierto encanto.

"El rastro se cortó después de un campo de grava," añadió Ferranda. "No se puede saber si todavía están por aquí."

Tristan se quitó el sombrero — que hacía un trabajo encantador manteniendo la gota de agua alejada de su cuero cabelludo, un testimonio de la ocasional brillantez de los Malani — y pasó una mano por su cabello.

"De cualquier manera, debemos poner el señuelo en los cultistas," dijo. "Si esperamos demasiado, desmontarán el campamento y nuestro plan quedará en nada."

A ninguno de ellos le agradaba el riesgo adicional, pero ¿qué otra opción tenían? Era trabajo simple pero cuidadoso: rellenar la boca del zorro muerto con extracto de piedra imán. Lady Villazur había atrapado al animal por la espalda con una daga arrojadiza — una que nunca había visto usar, precaución que solo podía aprobar — así que tuvo que ensanchar un poco la herida antes de introducir el ungüento. Se aseguró de lavarse las manos con alcohol después. Quedaba menos de lo que habría deseado.

"Ten cuidado de no ponerlo en ti," advirtió.

Lady Ferranda asintió en silencio. Ella y Yong eran quienes regresarían al campamento de los cultistas, dejando al resto en aquella misma clarada. No había sentido en buscar un mejor escondite, cuando los árboles y piedras aquí servían perfectamente. Tristan ayudó a Vanesa, ya cansada, a doblar sus piernas bajo una roca sobresaliente, escondida a la vista. La venda en su ojo estaba roja de nuevo, lo vio con una mueca de disgusto. Pero solo le quedaba un rollo de vendas improvisadas y eso duraría un tiempo aún, así que no hizo la oferta.

"Ya casi terminamos," le dijo Tristan. "Una vez que crucemos el puente, tendremos un camino despejado hacia la segunda prueba."

Sería absurdo que los cultistas aguardaran emboscados más allá del puente cuando ya estaba siendo vigilado. Aunque no podía estar completamente seguro, dudaba que hubiera muchas dificultades en el tramo final del recorrido. Vanesa sonrió con tono débil.

"Mis piernas aún no me traicionan, no te preocupes," dijo ella. "Son esas malditas raíces las que nunca están donde deben estar."

"Una vez que estemos seguros de que la bestia está en las lomas," le dijo, "abriremos las linternas de par en par. Será más fácil movernos todos."

Sanale había recorrido el lugar mientras él se ocupaba de la anciana, incitando a los imprudentes a buscar mejores posiciones, y ahora solo quedaban ellos dos. El cazador lo apartó a un lado. Tristan observó por primera vez con mayor detenimiento las cuentas de la bordadura de la capa y la camisa del hombre: todas eran de ángulos agudos y colores intensos, aunque nada tan brillante como para sobresalir en el bosque. El ladrón había oído que toda la ropa decorada con esas mismas cuentas vendida en Sacramonte era falsa, ya que el bordado era típico del Norte de la Isla Baja y los patrones de colores especiales de los clanes familiares de aquella tierra azotada por las tormentas. El otro hombre le fijó la mirada, buscando y manteniendo la atención.

"Puede que la bestia nos atrape," gruñó Sanale.

Las cejas de Tristan se levantaron.

"Es un riesgo," admitió con cautela.

"Si lo hace," dice el cazador, "y nos traicionas, seré yo quien primero te dispare."

Los ojos del ladrón se entrecerraron.

“Eso suena a una amenaza,” dijo.

“Lo es,” contestó Sanale, satisfecho con su rápida comprensión. “Así que no lo hagas. Que cada uno vaya por su lado, no por Ferranda, sino por los infanzones.”

“Pensé que justo lo contrario era con vosotros,” respondió con sequedad.

El Malani frunció el ceño, con la expresión de confusión que le arrugaba las mejillas marcado por cicatrices—pequeñas franjas suaves que Tristan nunca antes había notado, ninguna más ancha que una hoja de bisturí. La Antigua del hombre podría no ser lo suficiente buena para el juego de palabras que finalmente admitió el ladrón.

“Tú y ella,” dijo en lugar de eso.

La cara de Sanale se iluminó con comprensión y asintió.

“Sí,” afirmó. “Ella no es como las demás. Así que no traiciones, o te mataré.”

Eso tenía la ventaja de ser claramente directo. Sin matices que pudieran perderse.

“No lo haré,” aseguró Tristan.

El Malani le observó durante un rato, y luego asintió lentamente.

“Ella piensa que Sarai te controla,” dijo Sanale. “Pero no es así. Eres más como umndeni.”

Una palabra en Umoya, pensó Tristan, aunque no la reconocía.

“Somos aliados,” se encogió de hombros.

“Deberíamos serlo también,” afirmó el cazador con dureza. “Mejor tú que los infanzones. Todas serpientes.”

Contra su mejor juicio, las comisuras de los labios del ladrón se contrajeron en una ligera sonrisa.

“Uno de tus propios nobles los acompañó,” señaló. “Tredegar.”

Sanale resopló.

“Oligarcas,” afirmó, como si eso explicara todo.

Cuando vio que no era así, el cazador continuó.

“La mitad están locos,” explicó Sanale, “y los otros actúan como si lo estuvieran.”

Tenía un aire de proverbial antiguo, lo cual lo hacía aún más divertido de escuchar.

“¿No eres muy amigo de los nobles, me da la impresión?”sonrió Tristan.

“Mi tío dispara a los recaudadores cuando llegan a la fortaleza,” dijo orgulloso el cazador. “Fugitivo con tres nombres diferentes.”

Al ladrón le resultaba cada vez más evidente por qué Sanale se llevaba tan bien con Yong, un hombre que se refería a los nobles con una palabra que significaba “reliquia”.

“Los tuyos son un pueblo vanguardista, Sanale,” le dijo Tristan. “Ojalá todos fuéramos tan sabios.”

La Malani lo observó, como si intentara determinar si estaban bromeando con él, y luego asintió con decisión.

"El Juicio de las Ruinas necesita aliados," señaló el cazador. "Los débiles son traicionados. Piénsalo."

Para su sorpresa, Tristan se encontró considerando la opción. Todavía era reacio a comprometerse demasiado con alguien; cuanto más interés tuviera que cuidar, más difícil sería conseguir un buen tiro a Cozme Aflor. Sin embargo, podía conseguir peores aliados que esta pareja. Ambos eran competentes, y aunque no confiaba en Villazur en lo más mínimo, estaba bastante seguro de que si Sanale alguna vez decidía traicionarlo, la daga vendría del frente y no desde atrás. El cazador le ofreció un saludo cortés, que él devolvió, y luego Sanale se dirigió a apagar la última linterna por completo.

Había muchas raíces y piedras para esconderse, pero tras permanecer tanto tiempo en la misma clearing, Tristan empezaba a sentirse inquieto. La caricia del viento contra las hojas arriba lo llevó a buscar su cuchillo, creyendo ver un pájaro o solo una rama temblorosa; sin embargo, la idea que le inspiró le agradó.

Le tomó uno o dos minutos encontrar un árbol medio seco, con ramas lo suficientemente bajas para subirse. La corteza le mordía los dedos al trepar, pero el trabajo no fue arduo y, una vez encorvado en la rama más baja, encontró otra al alcance: sería capaz de subir más con poco esfuerzo. Al comenzar a ascender, siguió por capricho, la idea de atravesar la dosel de ese maldito bosque demasiado atractiva para resistirse.

En cuestión de minutos, atravesó las hojas, su rostro emergiendo para ver el cielo por primera vez desde que ingresó en el bosque. Las estrellas brillaban pálidas en la distancia, su luz apenas suficiente para delinear el mar de árboles extendido abajo. Al entrecerrar los ojos, casi lograba distinguir dónde terminaba la línea de árboles hacia el norte, en el cañón donde corría el río. El puente era demasiado lejano para distinguirlo con claridad. Respirando lentamente, el ladrón dejó que la tensión saliera de su cuerpo. No dependía de él que Yong y la infanzona tuvieran éxito; solo podía esperar. Hasta entonces, podría deleitarse con la vista rara de un bosque salvaje, ¿o era esa niebla?

Durante tres segundos, Tristan se inclinó hacia adelante, su corazón golpeando contra sus oídos, y rezó a cualquier dios que pudiera escuchar que solo era niebla del □ que veía. Pero era demasiado espesa, se movía demasiado rápido. La bestia heliodora. Está llegando. Era demasiado cercana para que la extracción de lodestone fuera responsable: Sanale había dicho que el lemure veía olores como colores, pero mientras un faro de color había sido encendido, la criatura ya estaba

más allá de la mitad del campamento. Ya había estado cerca, pero ¿por qué? El ladrón luchaba por entender en qué había fallado, hasta que finalmente encontró la piedra clave.

Sanale había dicho que las huellas que encontró antes iban hacia el este, pero quizás sería más correcto decir que se dirigían alejándose del oeste.

"Fue tras ellos," murmuró. "Maldita sea."

Sarai tenía razón. Los cultistas no huyeron hacia el este porque buscaban enfrentarse a otros vacíos, sino que huían del monstruo heliodora. Y Tristan pensó que quizás ya lo habían perdido, porque no había señal del animal, solo que la mayor parte de una botella de lodestone flotaba como una columna de humo. Era como lanzar una bandera roja ante un toro. Maldiciendo entre dientes, empezó a moverse: rama tras rama, hasta que pudo saltar a las hojas. Vanesa asomó la cabeza desde debajo de su piedra.

—¿Tristán? —llamó ella.

—Problemas —respondió él—. Sanale, la bestia ya está cerca.

El cazador malani emergió de la sombra entre los árboles como si hubiera surgido de la nada, con el rostro más sombrío aún.

—Entonces iré por ellos, y después correremos —dijo.

La inclusión de Yong en ese grupo no era solo por cortesía, considerando lo bien que se llevaban. Tristán negó con la cabeza.

—Iré yo —dijo el ladrón en su lugar.

El hombre pareció a punto de protestar, así que levantó la mano para acallarlo.

—Si las personas aquí tienen que huir, yo no puedo guiarlas —dijo—. Tú sí, y será suficiente que hagas de mensajero, Sanale.

El malani, aunque algo reticente, asintió. Le dio instrucciones breves sobre el camino a seguir, que Tristan memorizó cuidadosamente, y sin más ceremonias, partió.

—

Sería una mentira decir que Tristan se movió con gracia o destreza.

Casi se lastima la rodilla al deslizarse por una piedra plana y utilizó el árbol equivocado, azotado por rayos, como señal, lo que le obligó a retroceder y tomar un giro a la izquierda junto a un arroyo. Pero lo logró, y aunque eso le valió algunos arañazos y escupir un par de hojas muertas, alcanzó las cercanías del campamento de los cultistas. Sigiloso sobre la tierra húmeda, arriesgó una mirada, descubriendo varias fogatas encendidas tras el anillo roto de piedras elevadas, de las cuales apenas quedaba la mitad. Los árboles aquí eran espesos, tan juntos que cada sendero

requería apretarse por ellos, pero eso le beneficiaba en ese momento. Incluso un dormilón tendría dificultades para distinguirlo.

Por lo que pudo observar, los cultistas aún no estaban despiertos, salvo por los vigilantes, dos de los cuales estaban encaramados sobre piedras elevadas. Ahora debía averiguar si Yong y Ferranda todavía estaban por allí, con la esperanza de que no se hubieran cruzado en la oscuridad sin saberlo.

Cuando una mano con guantes cubrió su boca y lo tiró hacia atrás, actuó sin pensar.

Un codo en el estómago, pivotar, luego otro codo en el cuello mientras buscaba su daga. Un gruñido se escuchó tras él y se volvió para ver a Ferranda Villazur sosteniendo su cabeza mientras retrocedía tambaleándose, gimiendo de dolor. Detrás de ella, Yong emergió tras el tronco de un roble.

—Deberías haber silbado —murmuró el Tianxi.

—Ahora lo veo, sí —respiró la infanzona.

—Eres afortunada de que miré antes de usar la daga —le explicó Tristan, sin mostrar empatía.

Aunque tentado de echarle sal en la herida nobleza, había asuntos más apremiantes.

—El airavatan está cerca —dijo—. ¿Dónde está la carnada?

En la oscuridad era difícil captar sus expresiones, pero no cabía duda de cómo ambos se pusieron rígidos. Ninguno era tan tonto como para pensar que sería otra cosa que la muerte lo que les aguardaba si la bestia los atrapaba.

—En un arbusto de bayas, cerca del borde de su campamento —respondió Ferranda—. ¿Qué tan cerca, Tristán?

—No puedo asegurarlo ahora, pero cuando me marché —

Nunca terminó la frase.

No por falta de esfuerzo, sino porque a sus pies emergía una niebla que se extendía. La densidad del follaje jugó en su contra, haciendo que no detectara el avance sigiloso hasta que fue demasiado tarde. El airavatan estaba allí, y donde su niebla se expandía, solo había silencio. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Si los había encontrado... Pero por el rabillo del ojo, vio movimiento cerca del borde del campamento cultrista. En la débil luz de las fogatas, una silueta corpulenta se acercaba, rompiendo a través de los árboles en un silencio inquietante. Dioses, qué rápido era para un ser tan grande. Parecía delicado en su movimiento, hasta que se percibía el peso aplastante que aplastaba cuanto tocaba.

Los hollows en pánico intentaron despertar a sus compañeros sin poder emitir gritos de alarma, pero ya era demasiado tarde. La formidable bestia se detuvo solo un instante al llegar al borde del

círculo de piedras elevadas. Sus tentáculos exploraron cuidadosamente el contorno, y después de encontrar lo que buscaban, la criatura irrumpió en la escena.

Alguien tiró de su brazo, y Tristan no se defendió. Corrieron, dejando a los cultistas a su suerte y a su muerte.

—

El camino de regreso fue más rápido que cuando vino solo, pero no lo suficiente.

No podían correr tan rápido como Tristan sentía la necesidad, con el corazón latiendo con temor: estaba oscuro, resbaladizo y ninguno de ellos había traído linterna. Había sido demasiado arriesgado. Seguí la espalda de Yong lo mejor que pude, intenté caminar donde él caminaba, y solo resbalé una vez. Ninguno de los demás se detuvo por mí cuando ocurrió. Tristan no se enfadaba por ello, no podía, cuando un terror primal presionaba contra su espalda. En cuanto encontraran a los demás, pensó, todos deberían correr. La estrategia aún no estaba perdida, solo al filo de la navaja. Se suponía que ya estaban más cerca del puente cuando la bestia heliordoriana atacó el campamento de los cultistas, pero esto aún podía salvarse. Si el airavatan se tomaba su tiempo con los hollows, tal vez aún alcanzaran cruzar a tiempo.

Tristan sintió un alivio brotar en su garganta al ver el árbol atravesado por relámpagos que reconocía de antes, sabiendo que estaban cerca, pero delante de él, los otros ya no se movían. Se estaban escondiendo tras la hendidura de un abedul, con los ojos fijos adelante, y él se unió a ellos con mucho cuidado para no hacer ruido.

El resto de su grupo ya no estaba escondido; una linterna entreabierta junto al pie de Sanale lanzaba su luz sobre el claro. El cazador malani tenía su mosquete en mano y apuntaba, mientras los demás portaban sus propios armas. Era evidente por qué: frente a ellos había una docena de hollows armados. El otro grupo, pensó Tristan apretando los dientes. El que había estado huyendo de la bestia. Sacó su cuchillo. Yong tenía una pistola en mano y ya la estaba cargando con pólvora, mientras Ferranda Villazur desenvainaba su espada con cuidado para no hacer ruido. Estaban en la retaguardia de los cultistas, si atacaban primero...

“Paz, forasteros,” llamó una mujer. “Ninguno de nosotros puede permitirse derramar sangre aquí.”

Los ojos de Tristan siguieron la voz y lo que encontró lo detuvo en seco. Los hollows estaban armados con lanzas y espadas, algunos con mallas y uno con peto, pero uno de ellos vestía solo ropajes y no portaba arma alguna. Era una mujer de cabello rubio, con piel tan pálida como leche y rostro ancho, de unos treinta y tantos. Sus ojos, grandes y brillantes, resultaban inquietantes, de un negro profundo. Ella los había sorprendido y la ventaja ahora recaía en su banda, pero el enemigo no parecía dispuesto a luchar—un combate que el grupo de Tristan podría no ganar si lo forzaban. Los tres intercambiaron miradas resignadas antes de salir de entre los árboles, rodeando cuidadosamente a los oscuritos para unirse a los demás.

“Conozco esa expresión,” dijo Yong escupiendo sobre las hojas. “¿Obispo, eres tú?”

“Un hombre instruido,” elogió la mujer con tono amigable. “Soy la Obispo Dionne, sierva de lo divino.”

“Encantado de conocerte,” respondió Lan.

Ese es un ratón de hueso, pensé con cariño Tristan. Ella estrecharía la mano incluso al propio Rey del Infierno si pensara que le convenía tenerlo como aliado.

«Una emoción compartida», respondió fácilmente el obispo Dionne. «No tendría reparos en que nuestras bandas de guerra no se enfrentaran. Ya hemos sufrido pérdidas y abandonamos la temporada de caza. Además, derramar sangre atraerá al dios despertado sobre todos nosotros. Solo quedan lágrimas en ese camino».

Ferranda se había puesto junto a Sanale, espada en mano, y tomó la iniciativa.

«Entonces, partamos en paz», ofreció la dama Ferranda.

«Eso sería agradable», aceptó el obispo. «Pero primero busco en ustedes conocimiento sobre cómo el dios despertado fue atraído hasta aquí. Lo habíamos perdido, hace apenas unas horas. ¿Creo que ese cambio es obra vuestra, sí?»

Hesitación. Era una petición razonable, pero ya todos pudieron sentir, de modo tenue, que no terminaría con esa primera demanda. Quizá, pensó el ladrón, lo mejor sería que this se resolviera por él. Se adentró en la luz de la linterna y se mostró dirigiendo la empuñadura de su cuchillo. Los guerreros vacíos no hicieron gesto de devolver el gesto, pero eso atrajo la aprobación del obispo.

«Fue un aroma», le explicó Tristan. «Un ungüento que llevaba y que también llama la atención de los dioses. Todo se ha terminado».

Le disgustaba hablar en voz alta, llamar la atención sobre sí mismo de esa manera, pero necesitaban avanzar y no confiaba en nadie más para hacerlo con rapidez. Cada respirar que gastaba allí era uno menos entre ellos y la bestia. La sacerdotisa sonrió con amabilidad.

«¿Y cómo puedo confiar en que hablas con verdad?», preguntó ella. «Podrías haber maldecido mi banda de guerra de igual modo».

Ella buscaba algo, como había pensado. Mencionó pérdidas anteriormente, así que tal vez quería un premio que las compensara. Algo que pudiera traer de regreso a casa para evitar la percepción de derrota total. Ya revisaba sus opciones, encontrando lo que podría ofrecer como soborno, y abrió la boca para—

Yong bajó casualmente su pistola y disparó a un vacío.

Un grito de dolor, seguido de más sorpresa e ira. Espadas y lanzas se levantaron del otro lado, pistolas y armas de filo del suyo, pero la mirada de Tristan se centraba en el obispo. Y cuando vio la expresión que allí brillaba, comprendió que Yong no había sido tan imprudente después de todo. El obispo Dionne no estaba furioso, pese a que su rostro mostraba ahora ira. Por un breve instante,

estuvo divertida. Cuando los ojos de Tristan se movieron, no le sorprendió descubrir que Yong solo había herido a la guerrera en la pierna.

«Das una ofensa, extranjero», dijo Dionne.

«Ofrezco un regalo», respondió Yong sin parpadear. «Un hombre que sabes podrás superar. Partamos en esos términos, obispo, porque no tendrás más de nosotros».

El único hombre con armadura suplicaba algo a su sacerdote en un idioma gutural. Si Tristan tuviera que apostar, diría que pedía permiso para luchar.

«No hace falta, Vasil», sonrió Dionne. «Aceptemos este regalo en el espíritu en que fue dado. Ven aquí, Alin».

Las caras de sus guerreros se desfiguraron y el herido dio un paso atrás, con los ojos humedecidos en lágrimas.

«No, obispo», suplicó Alin, «juro que yo—».

El sacerdote puso una mano sobre su cabeza, y se sintió una brisa pequeña. El guerrero tembló, solo para enderezarse al retirar ella los dedos.

«Tomo tu dolor por una hora, hijo mío», dijo Dionne. «Ahora tienes una oportunidad: engañar al dios, o ganar el honor de sus colmillos».

Acababan de expulsarlo, pensó Tristan. El aroma de sangre seguramente atraerían a la bestia heliodora, por lo que debían dejarlo atrás. Y una parte de él sintió horror por la facilidad con la que esa vida había sido simplemente descartada, pero esa parte —la que había sido entrenada, la que le había permitido sobrevivir todos esos años—, en cambio, estaba armando conexiones. El airavata había eliminado a los que participaban en los juicios y a los cultistas el día anterior en el muelle de Parvaira, pero no había rastro de ellos atravesados por la estatura dentro de su hocico como él había visto ayer. Solo los mantenían allí hasta la muerte, decidió. ¿Cuánto tiempo le cuesta a un hombre morir por una perforación? No había forma de saberlo, a menos que supieras dónde lo habían atravesado, y eso era imposible de predecir. Pero las probabilidades aún valían la pena. El obispo Dionne lanzó una mirada en su dirección.

“Partamos en paz, como se ofreció,” dijo ella, con una entonación irónica en su oferta.

“No,” respondió Tristan, y dio un paso adelante.

“¿Qué estás—”

Alguien silenció a Felis cuando el ladrón tomó su armario de la espalda, abriéndolo. Sacó dos frascos, luego un trapo para acompañarlos. Solo le quedaban dos limpios; a ese ritmo, pronto se acabarían.

“¿Cuáles son tus intenciones, muchacho?”, preguntó el obispo.

“Soy médico,” mintió Tristan. “Juré ayudar a los que sufren, incluso a los oscurinos. Déjame tratar su herida.”

Dionne pareció sorprendida. La vacuidad que ya parecía haber descartado, le dirigió una mirada suplicante, por lo que terminó asentando con asombro y curiosidad.

“Adelante,” dijo.

“Siéntate,” ordenó Tristan al hombre.

Sumergiendo el trapo en alcohol, limpió la herida y explicó a ‘Alin’ que no podía extraer la bala de plomo de su pierna, pues correría el riesgo de desangrarse. En su lugar, limpió las quemaduras y vendó las heridas con las últimas vendas que le quedaban, antes de ofrecerle un frasco para beber.

“Aliviará el dolor durante medio día,” dijo. “También tendrá un sabor desagradable, pero bebe todo, de todas formas.”

El vacuidad asintió con agradecimiento y lo bebió, casi vomitando por el sabor. Le devolvió el frasco y Tristan se levantó antes de ayudarlo a levantarse.

“Eso es todo lo que puedo hacer,” dijo el ladrón. “Solo me resta desearte buena suerte.”

“Ya has hecho mucho,” dijo Alin, con una voz gutural y anticuada. “Que las bendiciones del Rayo te acompañen, hijo de la Radiancia.”

Ahora eso era algo que inquietaba el sueño de un hombre. Tristan sonrió en respuesta igual. La obispo Dionne se acercó, con una expresión pensativa, y se inclinó.

“Te agradezco por tu bondad, muchacho,” dijo ella. “Es casi una lástima que ya estén todos muertos.”

De alguna manera, sospechaba que no había llegado a ser obispo por su trato con los enfermos, pero eso estaba bien. No había sido un acto de bondad en absoluto. Sus grupos se separaron, con menos miradas acusatorias que hace un momento, aunque nadie de ambos lados aflojaba su agarre en la arma. La última imagen que Tristan tuvo de ellos fue la del guerrero herido siendo rodeado por los demás, mientras una oración comenzaba en los labios del sacerdote y luego se alejaban apresuradamente. Poco después de que desaparecieran de su vista, lo arrastraron al frente.

“¿Por qué desperdiciamos tiempo mirándote fingir que ayudas a ese oscurino?”, preguntó Yong con dureza.

“¿Fingir?” dijo Ferranda, sorprendida.

“Sarai le dijo que ya no tiene analgésicos,” explicó. “¿Qué le hiciste beber en realidad, Tristan?”

"Yew volciano," dijo el ladrón. "Todo mi stock."

Sanale soltó una carcajada fuerte y dura.

"¿Un veneno?" Frunció el ceño Yong.

"Solo para espectros,"sonrió el Malani. "Hombre astuto."

"El airavatan pronto estará devorando a nuestro amigo," dijo Tristan. "Y cuando lo haga, también estará ingiriendo un estómago lleno de veneno."

La bestia heliodóral comió los cadáveres que había atravesado con sus propias mandíbulas. Debía hacerlo, pues no quedaba rastro de la primera oleada de probadores allí cuando observó ayer en su boca. El ladrón sospechaba que los mantenían empalados mientras vivieran, para que sufrieran, y los consumían al morir. Esa era su apuesta: que el vacío moriría lo suficientemente rápido en el interior de la boca para que el veneno en él tuviera alguna importancia.

Ahora, todo lo que quedaba era correr y esperar que la suerte estuviera de su lado.

Revision #1

Created 19 April 2026 09:27:30 by Michael Brown

Updated 19 April 2026 09:27:34 by Michael Brown